

MARLENA GRAVES

Para subir
hay que
bajar

OLVIDÁNDOSE DE TI MISMO,
LLEGAS A SER TÚ MISMO



InterVarsity Press
ivpress.com

Tomado de *Para subir hay que bajar* por Marlena Graves

The Way Up Is Down edición en inglés © 2020 por Marlena Graves

Traducción al español © 2024 por InterVarsity Press, LLC

www.ivpress.com.

Y, al manifestarse como hombre,
se humilló a sí mismo
y se hizo obediente hasta la muerte,
¡y muerte de cruz! (Filipenses 2:5-8)

Jesús no se aferró a sus derechos; los entregó repetidamente. Su postura era “no se cumpla mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). De manera similar, cada día de nuestras vidas, Dios nos pide que renunciemos a nuestros derechos a favor de su voluntad, para que nuestra voluntad y la suya sean una. Elegir el

vacío implica una profunda confianza en Dios mientras tomamos el descenso hacia el servicio y la humildad. Abandonamos el esfuerzo de sostenernos a nosotros mismos.

La escalera del éxito está invertida. Éste es el camino de Jesús y de sus discípulos. Es el camino de su mamá. Pero desde la perspectiva humana no tiene ningún sentido en absoluto.

El servicio marcado por este anonadamiento, desinterés o *kénosis* comienza con la entrega de nuestra voluntad a Dios. Poco a poco, con la fuerza del Espíritu Santo, renunciamos sumisamente a nuestra voluntad propia y cooperamos con Dios; nos despojamos de nuestra falta de Dios para poder llenarnos de la vida de Dios. Es la vida de Gálatas 2:20-21. Esto lo aprendí en una traducción antigua: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la

gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Reina-Valera 1960). Note que Pablo señala que Jesús se entregó, o se ofreció a sí mismo, por Pablo (y por ti y por mí) por amor. De eso se trata. Es una vida caracterizada por ofrecerse por amor a Dios, a los demás y a la creación. Nos rendimos a Dios para que pueda vivir en y a través de nosotros. Nuestras vidas se convierten en una ofrenda de amor. Así de fácil.

Pero no tan fácil.

A veces no queremos hacer lo que Dios nos llama a hacer. Tememos que nos costaría un precio demasiado alto. La vida ya nos tiene harapientos. Si somos honestos con nosotros mismos, sabemos que estamos habituados con el egoísmo en lugar de la auto-ofrenda. Nos inclinamos a elegirnos a nosotros mismos sobre Dios. Preferimos dar órdenes a Dios y a los demás en lugar de aceptarlos. Además nos preocupa que el ofrecimiento propio no nos lleve a ninguna elevación en el mundo o en la iglesia. Probablemente no lo hará. No habrá ovaciones de pie ni se otorgarán premios Nobel de la Paz, ni siquiera un modesto aplauso. Aunque nos ofrezcamos como sacrificio vivo (Romanos 12:1-2), nuestras muertes heroicas, tipo leyenda, pasarán mayormente desapercibidas para los demás. Sin embargo, nuestro amor y nuestra obediencia nunca se desperdician. Un día serán ricamente recompensados (1 Corintios 15:58).

Caryll Houselander escribe:

Muchas personas sienten que podrían alcanzar la santidad heroica si pudieran hacerlo de la manera que les atrae, por ejemplo, siendo mártires. Pueden imaginarse a

sí mismos yendo alegremente a la hoguera . . . pero si Dios no provee ninguna revelación sino que las deja seguir en un trabajo insignificante en la oficina día tras día, o les pide que sigan siendo amables con un marido cascarrabias, o que sigan siendo una criada concienzuda, no están dispuestas. No confían en que Dios sepa cuál es su propia voluntad para ellas.⁶

El llamado a renunciar a nuestra voluntad en cada nueva circunstancia para que la voluntad de Dios se pueda hacer en y a través de cada parte de nosotros, es el llamado al *desinterés*. No se trata de una sola vez: requiere arrepentimiento diario y conversión a los caminos de Dios. Constantemente tendremos que examinarnos a nosotros mismos y decidir si realmente queremos seguir el camino de Jesús y entregar todo el control de los resultados a Dios. Tal vez, como Pedro, hacemos grandes promesas al principio, diciéndole a Jesús que haremos todo lo posible por él, que lo seguiremos a cualquier parte, que moriremos por él. Y luego, cuando llega el momento y la vida no se ajusta a nuestros deseos, cuando finalmente nos damos cuenta de lo que está en juego, damos rápidamente hacia atrás. Juramos y perjuramos que no conocemos a Jesús o lo que hace, o que no teníamos idea que exigiría tanto de nosotros. Tal vez nos ponemos a regañar a Dios. Seguimos en esta tónica hasta que el canto de un gallo en la distancia nos despierta con un susto a la realidad de las cosas, y entonces caemos en desespero, dolor y autorecriminación.

O tal vez nuestra reacción inicial sea huir (o querer huir) de él. Somos Jonás saltando a bordo del primer barco a Tarsis.

Somos como mi hija Isabella a sus tres años, que solía huir de mí, correr y esconderse, cuando no quería hacer lo que le pedía. Insistía en que se hiciera su voluntad, no la mía.

Ante la gloria de Dios siempre es necesaria la entrega a la humillación y la crucifixión, el vaciamiento. No hay forma de evitarlo. Por mi parte, desearía que los hubiera. Pero para que llegue la plenitud es imprescindible el vacío. Tenemos que vaciarnos de cualquier cosa que desplace la presencia o la gracia de Dios en nuestras vidas. Cuando cooperamos con el Espíritu de esta manera, nos convertimos en receptáculos de la gracia. Como María madre de Jesús, nos convertimos en portadores de Dios, preñados de lo divino. Nos volvemos ricos para con Dios y los demás. Llenos y completos.

Es por esto que Dios le dijo a Pablo: “Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad.” Y así Pablo pudo escribir acertadamente: “Por lo tanto, gustosamente haré más bien alarde de mis debilidades, para que permanezca sobre mí el poder de Cristo. Por eso me regocijo en debilidades, insultos, privaciones, persecuciones y dificultades que sufro por Cristo; porque, cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Corintios 12:9-10). Pablo sabía que la fuerza de Dios se podía desatar en su debilidad; que cuando estaba vacío, estaba en la posición perfecta para llenarse del poder de Dios. Al reconocer y admitir nuestro vacío, al ser pobres de espíritu y contritos de corazón, al adoptar la postura de siervos, también nosotros podemos abrirnos a percibir la fuerza y el poder de Dios en nosotros y en el reino. Cuando estamos llenos de nosotros mismos o de otras cosas, obstruimos la gracia de Dios.

Stephen Freeman, un sacerdote ortodoxo bizantino, escribe: “Si vamos a ser transformados ‘de un grado de gloria a

otro,' entonces estamos siendo transformados hacia la 'gloria' del Cristo crucificado y abnegado . . . porque no hay otra clase de vida que se nos revela en Cristo."⁷ Crucifixión y *kénosis*: no hay otra clase de vida cristiana. Esta es la vida a la que Dios nos llama. Y se necesita práctica. Se necesita la fuerza de Dios.

En las páginas siguientes, exploraremos las formas en que Dios nos llama a rendirnos continuamente para ser vaciados y luego llenos de su abundante gracia. Pronto descubriremos que es por este proceso que se hacen santos. Este es el camino desinteresado, la vida moldeada por Dios.

BUY THE BOOK!

ivpress.com/para-subir-hay-que-bajar